

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena, Librería Menéndez y García, Mayor 24. Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24. Fuera de ella, trimestre 30.

Lunes 10 de Setiembre.

El Eco de Cartagena

DENTISTERIA VETERINARIA.

El título de estas líneas sorprenderá indudablemente á muchos de nuestros lectores, que no siguen paso á paso los adelantos de la ciencia y de las artes, en estos días en que el progreso se realiza á grandes saltos.

Hasta aquí, solo el hombre le era dado disfrutar del privilegio de corregir los defectos de su dentadura, perfeccionándola, mejorándola, curando las partes enfermas, y reemplazando por completo todo el aparato de masticación, sin perfectamente, que el ojo más avisado apenas puede descubrir la obra de arte.

Según hemos visto en una revista inglesa, hace tiempo que los veterinarios se ocupaban mucho de la influencia de la dentadura del ganado mayor, particularmente de los caballos, no solo en su salud sino en su modo de ser, y sobre todo en su docilidad; pero hasta ahora no se había presentado al público ningún facultativo titulándose *especialista*, y llamándose profesionalmente *dentista de caballos*. Este hombre es el Dr. C. B. House, verdadera maravilla en su arte, y del cual se ocupa con grandes elogios la prensa de los Estados Unidos, y como todo ejemplo que dá por resultado considerables ganancias, encuentra indudablemente seguidores; ya han aparecido en Inglaterra y Francia otros *dentistas de caballo*.

Los doctores de muelas, dice el doctor House, son más frecuentes en los caballos de lo que generalmente se cree, y la causa de ese mal, que tanto influye en ese ganado no tiene otro origen que la mala calidad de los fríos que en ellos se emplean, los cuales rompen ó gustan las muelas, forman caries que ponen en descubierta el nervio, y el menor rozamiento les exaspera; de aquí el desbocarse tan amonado los caballos, su flaqueamiento por no poder comer, las enfermedades que en ellos pro-

duce el tragar los alimentos sin la suficiente masticación.

No hace muchos días, dice la Revista que tenemos delante, que el famoso caballo *Sócrates*, que tantos premios ha ganado en las corridas, en un ataque de rabia tiró un fuerte mordisco al jefe de las caballerizas en Treston, M. Smith, poniendo su vida en grave riesgo.

En la imposibilidad de aquietar el cuadrúpedo, llamase al célebre veterinario M. House, y sin titubear un momento, con solo ver la actitud del caballo, diagnosticó la enfermedad con el mayor aplomo: el animal tenía *dolor de muelas*.

La concurrencia era grande; se trataba de un caballo de gran celebridad, y los aficionados á las populares y lucrativas carreras, estaban muy preocupados é interesados en la salud del siempre victorioso campeón.

Con asombro de todos, M. House se acercó á *Sócrates* muy dulcemente, y cuando fuere uno de esos domesticadores de serpientes en la India, extendió sobre la cabeza de la bestia ambas manos, y el animal le miró como asombrado; después de acariciarlo un momento, seguro de lo que hacía, y sin temor de ninguna especie, le abrió la boca, introdujo en ella la mano derecha, le examinó la dentadura, y anunció que tenía tres muelas muy careadas y que era necesario *empastárselas*, ni más ni menos que si se tratase de las muelas de un banquero, ó de un senador de la república modelo; presente el dueño de tan valioso animal, suplicó al *dentista* que procediese á la operación, y un momento después el ayudante de M. House entraba en el lujoso establo con la caja de instrumentos. La curiosidad de los presentes era grande.

M. House sacó el caballo al patio cual si fuese un cordero.

—Ya sabe él que voy á curarlo—dijo el doctor.—Los caballos son muy inteligentes, más que los hombres.

El ayudante sostuvo la cabeza de *Sócrates* mientras que el doctor hacía ver á la concurrencia las muelas careadas.

El caballo estaba inmóvil.

¿Quiéren Vds. ver si es cierto lo que digo? Verán ustedes.

M. House tomó una baja del suelo, abrió nuevamente la boca al caballo, y poniéndole en guardia, introdujo una de las puntas en la picadura de la muela hasta tocar el nervio, y lastimado el caballo se enfureció, y fué necesario un rato de frases y caricias para aquietarle nuevamente.

Mucho le habíamos de escribir, si pretendiésemos hacer una exacta descripción de los instrumentos que usa M. House en su especialidad, ó describir la manera fácil y rápida en que extrajo una de las muelas al caballo, y le enbastó dos con hojas finísimas de pomo.

Terminada la operación, sacudió *Sócrates* magistrosamente la cabeza, y estirando el cuello se puso á lamer las manos de su dentista.

Un momento después, le trajo uno de los vecinos un caballo ya viejo, de cinco años, el cual no hacía caso del pienso y estaba siempre triste y místico.—M. House lo examinó, y dijo que tenía una muela rota en cada lado de la mandíbula inferior, y que las puntas le habían ulcerado interiormente los labios; el público se convenció de ello. Había dos cosas que hacer, dijo el doctor, arrancar una de las muelas, que estaba ya inservible y limar la otra; ambas operaciones se hicieron en el acto, y concluidas estas, dispuso el doctor que se diese un buen pienso al caballo, en presencia del público; al principio tomó muy pocos de granos y los masticó lentamente, cual si temiera lastimarse; pero acto continuo se lanzó á la cebada que le devoró en un instante; el público ante una prueba tan convincente y rápida, aplaudió frenéticamente.

Encontrábase entre los concurrentes otro célebre poseedor de caballos de alto precio, destinados á las carreras, y entrando en conversación con M. House le hizo dar algunas explicaciones al creador de la *dentisteria veterinaria*.

—Mi profesión, dijo M. House, es la de veterinario; carrera que em-

prendí y he seguido con gran afición y entusiasmo.—Todos los animales me interesan sobre manera.—En ellos veo seres que sienten y piensan, que tienen aspiraciones y deseos, que sufren y gozan: son *nuestros hermanos nudos*; mas inteligentes que ellos los hemos subyugado y puesto á nuestro servicio: *menos fuertes que el tiro y el caballo*, inmensamente más débiles, que una ballena, arrancamos á esta del seno de los mares, y subyugamos á aquellos para utilizar sus fuerzas en nuestro provecho.—El hombre es injusto con los demás seres sus compañeros en la creación; y yo, que siento por él grande lástima, me he dedicado á hacerles el bien que puedo; el caballo, que es el mejor compañero del hombre, me es muy simpático y he logrado entenderme con él perfectamente.

Hace muy pocos días, añadió el doctor, que descendía por *Biqadunoy*, y vi que un carretero se esforzaba en vano en contener un caballo que daba grandes botes, mientras que su dueño juraba como un loco asido de las riendas: el caballo tenía delante una cuba de agua.

—¿Qué sucede? le pregunté tranquilamente al carretero.

—¿Qué ha de suceder? Que este demonio de caballo se me vuelve loco cada vez que le doy de beber.

—Algo tendrá, le contesté.

—¿Qué ha de tener, señor, es ya una costumbre que ha tomado, y no hay quien se la quite.

Me acerqué al animal, le examiné la dentadura, y como estaba cerca de mi establecimiento, le supliqué me siguiera, hizolo así, le empasté una muela que tenía careada con gran asombro del carretero, y su mal consistía en que el agua fría le lastimaba el nervio, acto continuo acerqué el caballo al pilón, que bebió tranquilamente, y desde que se le empastó la muela no ha vuelto á tener novedad según me ha dicho su dueño, que al encontrarme por la calle, me da siempre las gracias sonriéndose.

Puedo asegurar á ustedes, añadió